

## CAPÍTULO VI

### MINISTERIOS ESPIRITUALES CON LOS PRÓJIMOS

SUMARIO: 1. Solemnidades religiosas en nuestras iglesias.—2. Visitas a las cárceles y hospitales.—3. Congregaciones piadosas.—4. Misiones por los pueblos.—5. Trabajos apostólicos del P. Jerónimo López.—6. Víctimas de la caridad en las epidemias.—7. Fervor en promover la devoción a la Inmaculada Concepción.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae Generalium*.—2. *Litterae annuae*.—3. La Naja, *El misionero perfecto*.—4. Andrade, *Vida del P. Francisco Aguado*.

1. Mientras los hombres doctos ilustraban desde la cátedra o en libros voluminosos a la parte más culta de la sociedad, los misioneros y operarios evangélicos se afanaban constantemente en santificar al pueblo, ya con la predicación, ya con los otros medios que inspira el celo apostólico. Ante todo debemos recordar el esplendor con que entonces se celebraban las ordinarias solemnidades eclesiásticas. Hoy en día, cuando la piedad católica ha disminuído tanto, no nos formamos cabal idea de lo que eran en el siglo XVII las grandes fiestas religiosas. Podría haber entonces, y había, en efecto, lamentables miserias en las costumbres; podía haber abusos deplorables en el orden moral, pero era al mismo tiempo tan vivo el sentimiento religioso, que en llegando el día de fiesta, todos los españoles buenos y malos se acercaban a la iglesia y asistían a las funciones sagradas, que se celebraban con extraordinario esplendor. Nuestras grandes catedrales, las iglesias espaciosas de las Órdenes religiosas, se llenaban de bote en bote para oír misas cantadas y escuchar sermones tal vez prolijos y que duraban hasta dos horas. No se conocía entonces este vicio de fría incredulidad que tanto nos desconsuela en el tiempo presente. Hasta los pecadores más desastrados, hasta los Tenorios y las Celestinas entraban en la iglesia y escuchaban la palabra de Dios.

El fruto espiritual que se recogía en estas funciones solía ser bastante copioso, y sobre todo era grandísimo cuando, de tiempo en tiempo, se ganaba algún jubileo solemne que por un motivo o por

otro solía conceder Su Santidad. El año 1622, por el mes de Marzo, se celebró la canonización de nuestros dos primeros santos: San Ignacio y San Francisco Javier. Inverosímil nos parece hoy el derroche de solemnidades con que se festejó tan fausto acontecimiento. Según nos cuenta el *Diario del colegio de Salamanca*, el 10 de Abril de este año, cuando empezaba la misa solemne en la catedral, llegó la noticia de la canonización hecha el mes anterior. Al instante los Nuestros corrieron a la iglesia, dieron en secreto la gran noticia, y el capellán mayor, interrumpiendo (no sabemos si conforme a rúbricas) el oficio de la misa, entonó un *Te Deum* con toda solemnidad. Al instante subió nuestro P. Rector al púlpito y leyó con entusiasmo delante de todo el pueblo la feliz noticia que había llegado (1). En el mismo día todas las comunidades religiosas repican sus campanas, se hacen grandes fogatas delante de las casas particulares, se despliegan cuatro banderas al aire en los ángulos de nuestro colegio, y toda la ciudad parece desbordarse en significaciones de alegría. Y esto es solamente por haberse recibido la noticia de la canonización, pues cuando algunos meses más adelante llegó el momento de celebrar la fiesta de San Ignacio, el fervor religioso no tuvo límites. Ocho días seguidos se festejó al Santo; en todos hubo misa solemne, cantada por algún ilustre personaje eclesiástico; sermones espléndidos, procesiones vistosísimas; y todo esto con el acompañamiento que se deja entender de certámenes poéticos, fuegos artificiales, estampidos de salvas y cohetes, mascaradas alegóricas y otros que hoy nos parecerían excesos de entusiasmo y de fervor (2). Los mismos transportes de alegría hubo en nuestro colegio de Alcalá, aunque mezclados, desgraciadamente, con algunas amarguras terribles, ocasionadas por el pundonor de este o del otro personaje, a quien no se dió toda la honra que él había esperado (3). Dos años después, cuando fué beatificado San Francisco de Borja, las casas más modestas en celebrar el acontecimiento no se contentaron con menos de un triduo solemne (4). En otras, según nos dicen las anuas de 1624, hubo octavario de misas y funciones insignes, como se había hecho en la canonización de San Ignacio y de San Francisco Javier.

(1) Salamanca. Bibl. de la Universidad. *Diario del colegio de Salamanca*, 10 Abril de 1622.

(2) Véase el mismo *Diario* en el mes de Julio de 1622.

(3) Andrade, *Vida del P. Francisco Aguado*, parte primera, c. 18.

(4) Véase el mismo capítulo de Andrade.



Intervenía ciertamente en todo esto aquel gusto depravado que había invadido a España desde principios del siglo. El ornato impertinente que afeaba a la poesía y a la elocuencia, manifestábase también en la profusa prodigalidad, que más bien recargaba que adornaba las solemnidades. Con todo eso, no se crea que en tales fiestas se iba todo en exterioridades aparatosas. El católico pueblo español tenía la fe muy arraigada dentro del alma, y si exteriormente derrochaba su riqueza en el culto divino, también sabía santificarse interiormente con la piadosísima recepción de los sacramentos. El año 1640, con ocasión de un jubileo concedido por el Papa a los que oyeran nuestros catecismos, hubo en la iglesia de nuestra casa profesa de Sevilla más de 20.000 comuniones. Aquel mismo día, en el barrio de Triana, adonde solían acudir los Nuestros a enseñar el catecismo y a predicar al pueblo, concurrieron como 15.000 personas a recibir la sagrada Comunión (1). En la misma casa profesa, según nos informan las anuas de 1644, existían como 30 Padres de la Compañía ocupados casi exclusivamente en oír las confesiones de los muchos que ordinariamente acudían a buscar allí la santificación de sus almas.

2. Otro ministerio espiritual que suele ser mencionado casi todos los años en las letras anuas, es la visita de las cárceles y hospitales. A los presos procuraban los Nuestros instruir en la doctrina cristiana. Llevábanles algunos regalitos, y sobre todo les exhortaban, con blandura y amor, a detestar sus pecados y reconciliarse sinceramente con Dios. También era corriente en aquellos tiempos otro acto de caridad con los presos, y era interceder por ellos cuando la causa de prisión consistía en algunas deudas pequeñas que los pobres no podían satisfacer. Hasta solía darse el caso de pedir los Nuestros limosnas a las personas ricas, para sacar de la cárcel a pobrecitos aprisionados por deudas.

En los hospitales era continuo el trabajo de los jesuítas en la instrucción de los enfermos y en la administración de los santos sacramentos. Debemos advertir que en estos ministerios sagrados solían emplearse no solamente los sacerdotes, sino también ciertos días de la semana los Hermanos estudiantes. Procuraban nuestros Padres que ya desde el noviciado se acostumbraesen los hijos de la Compañía a ejercitar más o menos alguna parte de los ministerios apostólicos, y así, los domingos salían de dos en dos los estudiantes de los

(1) *Baetica. Litt. annuae*, 1640.

colegios principales para enseñar la doctrina a los aldeanos. En ciudades grandes como Sevilla, íbanse los teólogos a los barrios extremos de la población, y allí, juntando grupos de mendigos y desaharrados, les enseñaban la doctrina y les procuraban hacer buenos cristianos (1). Y no solamente predicaban a la gente más baja de la ciudad; también algunas veces dirigían breves sermoncitos o exhortaciones en las encrucijadas de las calles principales. Es una muestra del profundo espíritu religioso que entonces reinaba en España, el respeto con que el público de nuestras grandes ciudades escuchaba a jovencitos todavía no sacerdotes, cuando recitaban ejemplos piadosos, cuando daban explicaciones catequísticas, y más aún cuando hacían sermoncitos fervorosos en medio de la multitud (2). ¡Cuánto han variado los tiempos!

3. Entretanto prosperaban las congregaciones piadosas, que tanto auge habían alcanzado en los tiempos del P. Aquaviva. Aunque se distinguían principalmente por su advocación y por las obras de piedad a que se destinaban, observamos, sin embargo, que también se establecía alguna distinción, según la calidad de las personas; por ejemplo: congregaciones de sacerdotes, congregaciones de caballeros, y del mismo modo, de obreros y de estudiantes. En esta época descubrimos por primera vez una institución de que no recordamos haber leído ejemplo alguno en los tiempos precedentes. El año 1629 se instituyó en Calatayud una piadosa congregación de guipuzcoanos (3). ¿Sería esto un germen de las colonias que vemos fundarse en las capitales modernas por los individuos nacidos en provincias o países distantes? Nos dicen las anuas que estos guipuzcoanos comulgaban una vez al mes con una vela encendida en la mano, y que sólo eran admitidos en la congregación los que hubiesen probado primero su limpieza de linaje y después su nobleza de sangre.

También se dieron algunos pasos en este tiempo para fundar congregaciones piadosas de mujeres, y se vislumbra por algunas cartas, que ellas mismas eran las que suspiraban por pertenecer a estos grupos piadosos y participar de las indulgencias y gracias espirituales que los Sumos Pontífices derramaban a manos llenas sobre estas congregaciones. Con todo eso, debemos advertir a los lectores que las congregaciones femeninas hicieron poca fortuna en tiempo

(1) Véanse, por ejemplo, *Baetica. Litt. annuae*, 1641.

(2) Véase en las mismas anuas el párrafo *Domus probationis Hispalensis*.

(3) *Aragonia. Litt. annuae*, 1629.



del P. Vitelleschi. No sé qué miedo tenían nuestros Superiores a las congregaciones de mujeres. Cuantas veces se las menciona en las cartas del sexto General, siempre es para mandar que se supriman o para reprender a los Superiores locales por haberlas establecido. Esto no obstante, el ver que menudean estas reprensiones, nos da a entender que poco a poco se iba imponiendo la idea, que hoy nos parece tan natural y vemos difundida en todas partes, de establecer congregaciones piadosas, no sólo entre las señoras de ilustre alcurnia, sino también entre las mujeres del pueblo.

Las obras de piedad, y más aún de caridad con el prójimo, que ejecutaban estas congregaciones, deben edificar a los fieles en todos los tiempos. Por de pronto se consolidaba por medio de ellas la frecuencia de sacramentos, pues todos los congregantes, no solamente confesaban y comulgaban en determinados días y fiestas del año, sino que lo hacían con cierta solemnidad y aparato exterior, que atraía siempre a gran multitud del pueblo cristiano. Pero más aún admiraban las obras de caridad que en ciertos días solían practicar los congregantes, dirigidos por el P. Director. Entraban piadosamente en los hospitales, lavaban las manos a los enfermos, les peinaban los cabellos, les limpiaban, les daban la comida, no sólo con muestras de cariño, sino tal vez con actos de reverencia que movían a compunción; les enseñaban el catecismo, y cuando era menester administrar la Comuni6n a los enfermos, los congregantes se encargaban de disponerles suavemente, y en algunos casos de enseñarles el catecismo a los que estaban privados de instrucci6n, cosa entonces, como ahora, no desusada en los hospitales (1).

Otra obra de virtud ejercitaban estos congregantes, aunque no fuese exclusiva de ellos, sino de gran parte de la poblaci6n, que acudía gustosa a un acto que hoy nos parece inverosímil, y es la penitencia de las disciplinas, que solía practicarse en algunos sitios todo el año, una o dos veces por semana, y muy particularmente durante la Cuaresma. Las cartas anuas de aquellos años suelen dedicar algún párrafo a la descripci6n de estos actos piadosos. A la caída de la tarde se juntaban los hombres más devotos de la poblaci6n en la iglesia de nuestras casas, y muy de ordinario en alguna capilla que solía habilitarse junto a la iglesia. Allí se les leía algún libro espiritual, y muy de ordinario algún ejemplo piadoso que pu-

(1) Véase, por ejemplo, en *Baetica. Litt. annuae*, 1640, lo que se refiere del colegio de Córdoba.

diera moverlos a la penitencia. Se rezaba el Santo Rosario, y después, apagadas casi todas las luces, tomaban disciplina los circunstantes hasta que se hacía señal con la campanilla. Sabemos que en algunas ocasiones se remudaban los disciplinantes, porque no podían caber todos de una vez. En el colegio de Trigueros concurrieron en la Cuaresma de 1615 más de trescientos hombres a este acto piadoso (1). En Córdoba el año 1641 se hizo el acto de la disciplina tres veces por semana durante la Cuaresma, y, lo que no recordamos haber visto en ninguna parte, los congregantes de María Santísima tomaban disciplina todos los días de la Cuaresma en el mismo colegio de Córdoba (2).

4. Donde más campeaba el celo apostólico de nuestros Padres era en las misiones que se solían dar, no solamente en las principales ciudades, sino más todavía por los pueblos y aldeas de la campiña. Sería interesante saber el número de pueblos evangelizados por los antiguos jesuitas; pero desgraciadamente nos ha sido imposible formar una estadística, ni siquiera aproximada, de estas misiones. En todas las cartas anuas nos dicen que de tal colegio, de tal casa profesa se enviaron misiones por los campos; que salieron Padres de dos en dos a predicar en las aldeas; que fueron santificados muchos pueblos por nuestros Padres. Esta indecisi6n en los números nos priva de conocer a punto fijo el número y la calidad de las misiones dadas por los antiguos jesuitas, y por lo mismo no podemos precisar, como ahora suele hacerse, por medio de estadísticas, el fruto espiritual recogido en aquellas expediciones gloriosas por pueblos y aldeas desconocidas. Sabidos son los resultados que solían dar de ordinario estas misiones: herejes del Norte que han venido ocultamente a España, y que se convierten a la fe católica; moros del África que han desembarcado en nuestros puertos y abjuran la religi6n de Mahoma; divorciados empedernidos que se reconcilian con sus mujeres; amancebados que despiden la ocasi6n de sus culpas; ávaros reacios que renuncian a sus tratos injustos; y, lo que era frecuentísimo, hombres que durante largos años confesaban y comulgaban sacrilegamente, y por fin, al tiempo de la misi6n, se deciden a manifestar todas sus miserias al confesor y a purificar de veras sus almas después de tantos sacrilegios. Estos casos, repetidos cien y mil veces en nuestras relaciones, pueden dar una idea somera del co-

(1) *Baetica. Litt. annuae*, 1615.

(2) Véanse las anuas del año 1641.



pioso fruto espiritual recogido por los jesuitas dondequiera que se presentaban para dar misión. En 1629 el P. Vitelleschi agradece al Provincial de Andalucía, P. Francisco Muñoz, porque ha enviado en misiones por los pueblos a 40 Padres, de dos en dos (1). En llegando las vacaciones del verano era bastante común que los que habían estado enseñando gramática o desempeñando otras clases durante el curso, saliesen por los campos a probar su celo apostólico en la faena dura de las misiones.

5. Entre los hombres que se ilustraron en esta gloriosa carrera, no debemos omitir uno que ha dejado imperecedera memoria. Fué gloria de la provincia de Aragón el dar a la Iglesia en la primera mitad del siglo XVII los dos apóstoles más insignes de la Asistencia de España, y estamos por decir de toda la Compañía. Porque, efectivamente, en todas las regiones del mundo poseía nuestra Orden varones apostólicos de primer orden; pero dudamos que ninguno de ellos pueda presentar una hoja de servicios tan brillante como el P. Jerónimo López en España, y San Pedro Claver en las Indias. Estos dos hombres, dotados de una caridad ardiente, de una voluntad de hierro, de una tenacidad inquebrantable, perseveraron constantemente cerca de cuarenta años en la dura faena de evangelizar, el uno a los pueblos de España, el otro a los negros del África en Cartagena de las Indias.

Nació el P. Jerónimo López en Gandía el 21 de Octubre de 1589 (2). Educado en el santo temor de Dios, sintió muy pronto vocación a la vida religiosa, y fué admitido en la Compañía por el P. Pedro de Villar, cuando aun no tenía quince años cumplidos, por Mayo de 1604. Concluído el noviciado, prosiguió la carrera de sus estudios, y habiendo sido enviado a la isla de Mallorca con otros

(1) *Baetica. Epist. Gen.*, 1620-1631. A Muñoz, 10 Febrero 1629.

(2) Las noticias que siguen sobre el P. Jerónimo López las tomamos de su biografía, escrita por su compañero de misiones el P. Martín de la Naja, que la publicó en 1678 con el título *El misionero perfecto*. Es un tomo en folio, dividido en cinco libros y lleno de interesantes noticias, pero redactado en estilo difuso y recargado de moralidades que hacen pesada la lectura seguida de la obra. Lo más importante de ella es el libro tercero, dedicado a explicar las misiones del P. López; pero es singular el procedimiento con que el autor las expone. Va recorriendo las regiones donde trabajó el misionero, con este orden: 1, Cataluña; 2, Aragón; 3, Valencia; 4, Mallorca e Ibiza; 5, Navarra; 6, Castilla la Vieja; 7, Castilla la Nueva; 8, Murcia. Declara los trabajos apostólicos del Padre en las principales poblaciones, pero sin atender nada al orden de los tiempos, o por mejor decir, cruzando la cronología de los hechos y sacrificándolo todo a la división territorial. Esto hace que no podamos seguir el hilo de la historia ni percibir bien la variedad de procedimientos que el P. López fué adoptando en sus misiones, según le enseñaba la experiencia.

siete Padres y Hermanos, tuvieron todos la desventura de ser cautivados por los piratas de Argel, y conducidos al África. Allí vivieron un año largo, en el cual nuestro Hermano Jerónimo López hubo de resistir algunas tentaciones contra la fe, pero más aún otras más graves contra la castidad, que le cercaron entre aquellos moros. No corto mérito fué de un joven de veinte años el conservarse puro y limpio en medio de los vicios monstruosos que en aquellas regiones se veían. Fué rescatado por la liberalidad del Rey de Francia, Enrique IV, a quien movió a esta obra de caridad nuestro P. Cotton. Restituido a su provincia el H. Jerónimo López, continuó los estudios con mucho fervor, y aunque hasta entonces no había sido religioso muy insigne por su virtud, pero después del cautiverio se advirtió en él un tan grande recogimiento y un fervor de espíritu tan decidido y ardiente, que todos previeron en aquel joven un futuro apóstol y modelo de virtudes religiosas. No les engañó su previsión. Ordenado de sacerdote, fué enviado a la tercera probación, y entonces manifestó no sólo su grande aptitud, sino su afición decidida al trabajo de las misiones. Conocidas estas cualidades suyas, el P. Rector del colegio de Huesca, en el verano de 1618, pidió al Provincial que le enviase a su colegio al P. Jerónimo López, terminada la tercera probación. Condescendió el Provincial con este deseo, y el novel misionero hizo las primeras armas apostólicas, discurrendo por los pobres pueblos de la diócesis de Jaca, situados a la falda del Pirineo.

Acreditado en estas excursiones durante algunos años, fué llamado a Cataluña, y allí, no sólo evangelizó, como antes, en las aldeas pobres, sino que desplegó su celo en las poblaciones principales del Principado. Su noble aspecto, su palabra severa, su convicción en el hablar, el fervor de espíritu con que infundía en los oyentes el santo temor de Dios, el aspecto mismo de aquel hombre penitente y austero, todo convenía a los oyentes. Hacía principalmente grande impresión al fin de sus sermones, cuando presentaba a sus oyentes lo que él decía «*espectáculos*». Eran éstos, tres: el primero, mostrar el crucifijo al pueblo y terminar el sermón, o hablando con Cristo crucificado, o dirigiendo la palabra a los oyentes, en nombre del mismo Jesucristo. El segundo espectáculo era mostrar una calavera, enseñando de este modo a las gentes el desengaño de las vanidades del mundo. El tercero solía ser mostrar desde el púlpito un cuadro grande, en que se veía pintada un alma en el infierno, rodeada de llamas y entre tormentos. El mismo P. López aconsejaba que se tuviese



grandísima prudencia en esto de los espectáculos, porque sabía cuán fácilmente degeneran en disonantes o ridículos, si no se saben ejecutar con la debida modestia, templanza y oportunidad. Pero, según nos cuentan sus contemporáneos, el efecto que el mismo Padre hacía en los oyentes con estos piadosos espectáculos era profundísimo, y en muchas ocasiones como invencible, para triunfar de la mayor obstinación de los pecadores.

Otra innovación introdujo, o por lo menos regularizó, el P. Jerónimo López en sus misiones, y era lo que llamaba el acto de contrición hecho de noche, o, como se decía en Castilla, *el asalto*. Observando que muchos hombres no acudían a la iglesia para oír los sermones, discurrió el P. López ir a buscarlos a sus casas y hacer que llegase a los oídos de todos la palabra divina, en una forma que produjese saludable impresión. Este asalto, pues, se hacía de noche, y véase cómo le describe el P. La Naja, compañero de misión del mismo P. López: «Precede una persona que lleva la campanilla, con que avisa a la gente para que acuda a la exhortación y se disponga para hacer el acto de contrición. Luego sigue la imagen del crucifijo, alumbrada de dos personas que llevan dos linternas o faroles, y después los ministros evangélicos destinados para practicar el santo acto de contrición, y, finalmente, cierra esta devota procesión el pueblo que va acompañando al santo crucifijo, con gran silencio. En el camino suenan algunos recuerdos espirituales y sentencias jaculatorias que, como saetas espirituales, penetran los corazones. En llegando a las esquinas, plazas o en crucijadas de calles donde pueda ser oído de mucha gente el que ha de hacer el acto de contrición, se hace un alto, y el que lleva la campanilla hace señal con ella más aprisa por espacio de dos avemarías, y cuando ya el auditorio se halla más recogido, llamado del sonido de la campanilla, el que tiene a su cargo el acto de contrición, en voz alta, grave y reposada y con palabras vivas y muy medidas, hace una breve pero eficaz exhortación al pueblo, persuadiendo a los pecadores lo mucho que les importa salir de pecado y entrar en gracia y amistad de Dios. Después se arrodilla todo el auditorio y se hace el acto de contrición» (1).

Son ciertamente muy consoladoras las noticias que tenemos del efecto admirable producido en algunas ciudades por la predicación del P. López. Para muestra queremos copiar a los lectores lo que leemos en el *Diario del colegio de Salamanca*. Érase el mes de Enero

(1) *El misionero perfecto*, l. II, c. 26.

de 1653, y el P. López iba a empezar la misión. Véase lo que sucedió desde el día 25 en adelante. «Este día, dice, se comenzó la misión que hizo el P. Jerónimo López en San Martín. Llevó el pendón el señor Conde de Grajal; acompañáronle todos los canónigos y muchos prebendados, y fué toda la comunidad cantando con los niños, y cantaron en la doctrina con el P. Rector los Padres maestros. Hízose la doctrina en San Martín brevemente el día siguiente, predicó el P. Jerónimo López tarde y mañana; el lunes, martes y miércoles por la tarde, con grandísimo concurso de gente; el jueves y viernes se dejó el sermón para que se preparase la gente para la confesión y comunión general, que la dió el señor Obispo el sábado. Estuvo el señor Obispo casi tres horas dando la comunión, y en los altares colaterales se daba también. El Conde de Grajal y el Adelantado asistían a componer la gente que comulgaba, deteniendo las oleadas de gente. Hubo en sólo aquella parroquia aquella semana siete mil y seiscientos comuniones. Todos los días iban los Padres a confesar a aquella parroquia donde estaba la misión.

»De San Martín se pasó la misión a San Julián, llevando el pendón el Conde de Montalvo con la misma solemnidad y con el acompañamiento que la vez pasada. Allí estuvo hasta el viernes por la tarde, en que se pasó a San Mateo. Los auditorios, confesiones y mociones de la gente fueron en todas partes rarísimos. Llevó el pendón a San Mateo el señor don Gabriel de Solís con la solemnidad dicha. El sábado a la tarde le trajo D. Manuel de Calatayud, hermano del señor Rector, y Su Señoría lo llevó hasta San Isidro, acompañado de próceres y estudiantes de la Universidad, cantando en la doctrina los Padres más graves, y haciéndolo los siguientes ocho días los Padres maestros antes del sermón, que siempre predicó el P. Jerónimo López. En San Julián se predicó domingo y lunes, en San Mateo solamente el jueves, y contó un ejemplo el P. Heredia el viernes. En San Isidro se predicó el sábado, el domingo, lunes, martes y jueves, y el domingo se acabó con sermón de San Joaquín. Las confesiones y comuniones fueron muchas. La comunión general la hizo el señor Obispo con tanto concurso como en San Martín. Hízose el asalto general el lunes, en que salieron a hacer el acto de contrición por las calles todas de Salamanca, a las seis de la tarde, los Padres Mendo, Barbián, Lince, Hurtado, Heredia, Muñoz, Tirso y el Padre Ministro, con un Cristo y sus faroles cada uno, acompañado de dos Hermanos. Esta misión se hizo dos días antes de la comunión general de San Isidro.»